

# Ensayos sobre el Perú de hoy ¿Cuánto de problema?

Criterio de selección del grupo: personas que por una u otra razón reciben permanentemente un baño de realidad nacional, que tienen contacto no solo con uno sino con varios sectores sociales del país y que suelen usar los sentidos como detectores de lo que está pasando. Encargo:

usar la invitación de *ideele* como pretexto para plantear en voz alta ideas que a uno le dan vueltas en la cabeza sobre nuestro sufrido y querido país, que todavía están en el nivel del cuchicheo o de la conversación íntima de a dos o en reserva.

Nuestro agradecimiento a quienes aceptaron hacer la tarea para *ideele*.



Ilustraciones: Andrés Ederly

# ¿Cuánto de posibilidad?

## Crónica de identidades equivocadas

*Cada ser complejo está constituido de una pluralidad de tiempos, conectados los unos con los otros según articulaciones sutiles y múltiples. La historia, sea la de un ser vivo o la de una sociedad, no podría jamás ser reducida a la sencillez monótona de un tiempo único.*

Prigogine, 1979

**Matilde Ureta de Caplansky**

**N**uestros amigos de *idee* nos vuelven a poner entre la espada y la pared al pedirnos una reflexión en términos de colectivo, como país. Menudo problema. En estos casos críticos, ciertas fórmulas pueden ayudarnos a empezar. Por ejemplo, la de plantearnos primero lo bueno, lo feo y lo malo del año que termina, más o menos en ese orden, para vislumbrar los desafíos que plantea el 2003.

### Lo bueno

Empecemos con las buenas noticias. En estos últimos tiempos, por razones laborales, estuve viajando por América Latina, y muchos amigos me preguntaron ¿cómo anda el Perú? Y me sorprendí a mí misma contestando: "mejor... más tranquilos... Toledo hasta ahora ha tenido criterio para elegir, por lo menos, algunos colaboradores"...

Digo bien que me encontré a mí misma respondiendo eso y vivien-

do, momentáneamente, en otros países vecinos donde también ocurren cosas tremendas y dramáticas, es decir, descubriendo que me asalta un sentimiento de mayor tranquilidad en este año que termina... Muchos se preguntarán si no me ha dado de pronto un ataque de ingenuidad o tontería. Es probable, pero digo lo que siento, y la verdad es que me

siento un poco más tranquila sin tener en el gobierno a esa manga de delincuentes que nos (des)gobernaron los últimos diez años.

Claro, una encuentra quizá más caras conocidas en el gobierno y

Matilde Ureta de Caplansky es psicoanalista didacta SPP-IPA.



**Existe la idea de que la pobreza y la inmundicia van juntas. Eso es y no es verdad... Van juntos el grado de civilización de una etnia cualquiera y sus modos de comportamiento cotidiano.**

eso tranquiliza, en la medida en que –aunque la mayor parte del tiempo pareciera que nuestro país es ingobernable– siento que hay personas que tienen una mejor formación (moral) e información (académica, técnica), y ello les permite preocuparse desde otros ejes para enfrentar esa tarea de imposibilidad que nos plantea el Perú como conjunto.

Otro evento trascendente se configura a partir de la instalación y las sesiones de la Comisión de la Verdad, cuya tarea aún no hemos terminado de elaborar por su tremendo impacto, pero que representa un hito en nuestra historia republicana y en la realidad psíquica interna de una parte significativa de nuestra población.

**Lo sucio**

Ahora bien: sé –sabemos– que con buenas intenciones no se gobierna, y desde allí me pregunto, a raíz de estas últimas elecciones municipales: ¿dónde están los alcaldes de cada distrito? No se ven. No se oye, padre. Ejemplo: voté en Surco, en una escuela fiscal de Los Precursores, sucia, llena de ratas, inmunda; ubicada, además, en una pequeña explanada que es un basural... al ver eso pensé en los niños –pequeños, son de primaria– que todos los días transitan entre esa inmundicia. La escuela está situada a escasos tres kilómetros de Las Casuarinas, Chacarilla, al sur.

No es tan difícil, en este momento de intento de regionalización, exigir que los llamados gobiernos locales se ocupen de lo que deberían; limpiar, por ejemplo... Existe la idea de que la pobreza y la inmundicia van juntas. Eso es y no es verdad... Van juntos el grado de civilización de una etnia cualquiera y sus modos de comportamiento cotidiano.

Sigamos con las anécdotas. Ese mismo día acompañé a una persona a votar a Salamanca; esta vez a unos cinco kilómetros al norte de los barrios antes mencionados, más cerca del centro, y allí, junto al mercadito del barrio, encuentro todo ordenado y limpio... Como diría mi abuela: *decente*. Ni rico ni próspero, pero sí limpio y decente. ¿Dónde está *la diferencia*? ¿Se trata de una suciedad humana?

En su libro *El laberinto de la choledad* (Lima: Fundación F. Ebert, 1992), Guillermo Nugent nos dice: "... los españoles eran mucho más atentos a la pureza y los neo-criollos más prestos a distinguir la impureza. Pero además, no se trata de cualquier impureza; *se trata de la suciedad humana, la suciedad primordial*; este fue el verdadero elemento de reconocimiento cotidiano, ante la dificultad sensorial de distinguir nítidamente un fenotipo de otro. No solamente se trataba de una perversidad moral, sobre todo era consagrar un tipo de régimen

social con una insuperable limitación para desarrollar un nivel y una muy precaria capacidad de reproducción cultural" (p. 50).

Más adelante, en el mismo libro, Nugent apunta con certeza: "... atravesando las más dispares circunstancias políticas se consolidó este esquema de la perversidad cultural que delimita un mundo de la existencia sucia. La suciedad parece haber tenido entre nosotros un alto valor significativo. No es sólo la curiosa costumbre, más o menos extendida en el centro de Lima, de tener las azoteas como gallineros urbanos, en general, tradicional depósito de cachivaches... la dimensión más resaltante de la marginación social fue la suciedad, aspecto que es fácilmente simbolizable en una ciudad como Lima que posee la singularidad climática de no conocer las lluvias" (p. 52).

Vemos entonces que, dada nuestra situación cultural y climática, las cosas tienen pocas posibilidades de cambio.

**Lo malo**

La población y los políticos en el Perú dan la impresión de no haber incorporado el verdadero sentido de la política, que por definición se funda en el bien colectivo, sino que la entienden y la ejecutan como una acción personal, individual y "casi intransferible". Es evidente, además, que muchos de ellos creen que tener poder es sinónimo de abusar, robar...; en suma, aprovecharse; todas ellas actitudes marcadas por un sentimiento de "derecho adquirido", bajo la certeza de que ese comportamiento es "legal", no en el sentido jurídico sino en el de una legitimidad ambigua e implícita, no escrita pero socialmente acep-

tada y, por lo tanto, cuyas consecuencias deben quedar impunes.

Recordemos por ejemplo al insuperable Alan García, cuyo partido acaba de ganar once o doce regiones en estas últimas elecciones y que es una demostración palpable y trágica de la importancia de la *impunidad*. Resulta que en lugar de ser juzgado, condenado o absuelto por los delitos que se le imputan, AGP está de ganador y mañana estará de Presidente por arte y magia de leyes y prescripciones de penas que obran como milagrosos ungüentos de santidad. ¡Que Dios nos coja confesados!

Y claro, esta es la lógica de muchos compatriotas: "que piensan de los políticos que 'está bien que roben, pero que hagan algo'" (G. Portocarrero en *ideele* N° 144, febrero del 2002). Es decir, es inevitable que roben, pero por eso mismo se les puede exigir dinamismo para atender las demandas de la gente. Creencia absurda e insostenible pero efectivamente actuante y existente.

Lo delicado y difícil es aquella actitud nacional de aprovechar y, si se puede, mientras se pueda, robar y depredar. La única manera de hacer caja chica es robando. Ese es un indicador muy preocupante de la mentalidad y psicología de una persona... sentir y creer (porque se articula como creencia) que si no es ahora no será nunca. Citando a Portocarrero nuevamente, diremos con él: "en efecto, la moralización de la clase política es una tarea urgente. *Por eso es tan importante rechazar la impunidad...* porque así los políticos tendrían que posponer sus legítimos intereses personales para

construir un interés colectivo" (*loc. cit.*, p. 6). Es impostergable que la ciudadanía, para ser efectiva, se sustente en el respeto de los otros, en la afirmación de una cultura cívica que elimine la transgresión y la "viveza" a las que estamos tan acostumbrados.

Amor, matrimonio y paternidad son requisitos necesarios para centrar la vida de una persona y contrarrestar sus tendencias a la irresponsabilidad, la dispersión y la fuga. Sin embargo, dinero, entre nosotros, significa dinero propio; espacio significa espacio personal, incluso en el sentido elemental de una condición indispensable para poder tener una vida propia. La seguridad es un concepto individual exclusivo; no incluye a otros. Si usted no lo cree, vea el modo como se maneja en Lima. Esto nos hace pensar que la lucha diaria para tener una vida propia se ha convertido en la experiencia colectiva... pero de disgregación social, no solo en el Perú sino en el mundo occidental.

Esto, por cierto, no nos da patente de corso para ser como somos. Existiría una especie de epidemia de egoísmo, una fiebre egocéntrica, y nos preguntamos: ¿es posible resolverla mediante bien intencionadas dosis diarias de ética y referencias al bien público? ¿O será que, pese a todo el relumbrón de la campaña para conquistar sus

propias vidas, los individuos se encuentran también en la vanguardia de una transformación más profunda que supone casi una mutación genética y por lo tanto psíquica? Es posible, y no sería nuevo en la historia de la humanidad.

Vivimos en una era en la que el orden social del Estado nacional, la clase, la etnicidad y la familia tradicional están en decadencia. La ética de la realización y el triunfo individual es la corriente más poderosa en la sociedad moderna, aun cuando los grados de civilización varíen notoriamente en el mismo Occidente (pensemos en Suecia y el Perú, por ejemplo). Hay teóricos que postulan que no es posible crear un nuevo sentido de cohesión social sin partir del reconocimiento de que el individualismo, la diversidad y el escepticismo forman parte de la cultura occidental (Beck y Beck-Gernsheim 2000). Esto es lo que algunos estudiosos han llamado "la paradoja del individualismo institucional", que tiene como norma omnipresente la de que, para sobrevivir a esta carrera febril, uno tiene que volverse activo, ingenioso y lleno de recursos, desarrollar ideas propias, ser más rápido, más ágil y más creativo ("más mosca", lo que no quiere decir más pendejo ni "vivo"), no en una ocasión concreta, sino constantemente, día tras día. Los individuos

**Es impostergable que la ciudadanía, para ser efectiva, se sustente en el respeto de los otros, en la afirmación de una cultura cívica que elimine la transgresión y la "viveza" a las que estamos tan acostumbrados.**

se transforman en actores, constructores, malabaristas, directores de sus propias biografías e identidades, pero también de sus vínculos y redes sociales.

Es cierto que, en general, nuestra vida está condenada a la actividad. Incluso cuando fracasa, es una vida activa en su estructuración de demandas. La otra cara de esta obligación de ser activos es que el fracaso se vuelve personal y deja de percibirse como una experiencia de clase en una "cultura de la pobreza". Los problemas sociales se pueden convertir directamente en disposiciones psicológicas: sentimientos de culpa, ansiedades, conflictos y neurosis. Paradójicamente, se desarrolla una nueva inmediatez en la relación entre el individuo y la sociedad.

Ahora bien: si recordamos que el nuestro es un país que acaba de salir (¿del todo?) de dos guerras sucesivas, significa que, como bien señala Ernesto de la Jara, "... este gobierno debería ser entonces como esos gobiernos de unidad y reconstrucción nacional que se levanta sobre los escombros de una larga guerra" (*ideele* N° 144, febrero del 2002). Eso no es precisamente lo que consignan día a día los medios; hay, es evidente, un problema de identidades equívocas y equivocadas que atraviesa toda nuestra clase política (si es que tal categoría puede aplicarse a los pintorescos personajes que ejercen de políticos en el Perú), pero también afecta a la sociedad civil.

Pero retomando esto de la relación individuo-sociedad, ¿en qué se distingue esta nueva categorización de los análisis históricos y teóricos de Georg Simmel, Emile Durkheim y Max Weber en la

primera parte del siglo XX? La principal diferencia es que a las personas, hoy en día, no se las arroja de las certezas religiosas y cosmológicas colectivas al mundo de la sociedad industrial, sino que se las trasplanta de las sociedades industriales nacionales de la primera modernidad al torbellino transnacional de la sociedad de riesgos mundiales (Beck, Ulrich: "Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: Individuación, globalización y política", tomado de A. Giddens y Will Hutton, editores: *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Tusquets Editores, 2001, p. 239).

El punto fundamental es que el ámbito público ya *no* tiene nada que ver con las decisiones colectivas. No es un asunto de solidaridad ni obligación, sino de coexistencia en la contradicción.

Si se analizan a la vez la globalización, la ausencia de tradiciones y la individuación, es evidente que nuestra vida es una vida experimental. Las recetas heredadas y los estereotipos no sirven. No existen modelos históricos para vivir. Es preciso armonizar la vida individual y social, en el matrimonio y la paternidad, pero también en la política, la actividad pública y el trabajo remunerado. La agitación de la época, del *Zeitgeist*, se debe también a que nadie sabe si esta coincidencia en la contradicción se puede lograr, o cómo. Muchos han visto la tendencia de regreso hacia las identidades regionales como una respuesta, desde la otra orilla, a la presión homogeneizadora de la globalización o, como dicen los franceses, la "mundialización".

Lo cierto es que, por angas o por mangas, es cada vez más difícil

garantizar las dos caras de la democracia: el consenso entre individuos y grupos, basado en un libre acuerdo, y la representación de intereses opuestos, locales, regionales (subnacionales), nacionales, de género, de especie, etcétera.

Aquí se hace tangible un auténtico dilema político en la segunda modernidad: por una parte, la imaginación y la acción política enfrentan desafíos de una dimensión sin precedentes que al mismo tiempo abren posibilidades sorprendentes (Beck, Ulrich, *op. cit.*, p. 244).

El espacio cerrado de la política nacional ya no existe. La sociedad y el ámbito público están compuestos por espacios contradictorios, al mismo tiempo individualizados, abiertos a otras naciones y definidos en mutua oposición. Es en esos espacios donde cada grupo cultural prueba y vive "su híbrido" (Beck, Ulrich, *op. cit.*, p. 245).

Si lo expuesto es cierto, comprobamos que la sociedad y el ámbito público están compuestos por espacios contradictorios que a su vez son privados y públicos y además están abiertos a otras naciones y definidos en mutua oposición. Es en esos espacios donde cada grupo cultural prueba y vive su experiencia cotidiana: híbrida y compleja. Conciliar creativamente extremos que tienden al antagonismo abierto, dentro y fuera de nuestra sociedad, dentro y fuera de nosotros mismos... tal la tarea fundamental que nos tocaría cumplir en los próximos años y que tendríamos que empezar a enfrentar, cada cual desde su perspectiva local, regional o nacional en este año crítico que se nos viene. ▲